

BRUJA

--breve análisis del cuento de Cortázar--

¿Hasta cuándo vamos a seguir creyendo que la felicidad no es más que uno de los juegos de la ilusión?
Julio Cortázar



Mi bella bruja

COMO VEREMOS A CONTINUACIÓN, EL CUENTO DE CORTÁZAR SE PRESENTA CLARAMENTE ANTE EL LECTOR COMO UNA METÁFORA DE “LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD”. PERO UNA FELICIDAD QUE, PARADÓGICAMENTE, AL SER BUSCADA A TRAVÉS DE LA REALIZACIÓN MÁGICA DE TODOS LOS DESEOS DE LA PROTAGONISTA SE CONVIERTE, DE PRONTO, EN LA METÁFORA DE “LA PERPETUA INSATISFACCIÓN”, ESTO ES, DE LA INSATISFACCIÓN DEL DESEO COMO TAL.



Lo que propone Cortázar en este cuento es la propagada creencia de que la vía para alcanzar la felicidad es por medio de la realización del deseo, una idea que el neurótico sostiene férreamente y que el mismo sistema propone como un ideal de posible -y fácil cumplimiento. Pero lo que el neurótico ignora es que la persecución de este ideal solo puede conducirlo a una contradicción: satisfacer todos los deseos es quedarse sin deseos, sin poder desear. Y si no hay deseo, lo que hay es muerte. Pero la muerte, la muerte en vida, no es otra cosa que es eso: la ausencia total de deseo. Por eso la leyenda de Aladino y la lámpara mágica y los cuentos de hadas y duendes y genios que existen para hacer cumplir los deseos a los humanos son sólo eso: cuentos y leyendas. Aunque pudiéramos tener los poderes de Paula y crear cada uno de los objetos y las personas de nuestras vidas, tal como nos gustaría que fueran, aún así, jamás podríamos alcanzar la felicidad deseada. Porque lo que nos faltaría para ello sería, justamente eso, el deseo.

De una u otra forma todos sabemos que no es garantía que se pueda alcanzar la felicidad a través del cumplimiento de todos los deseos, como en el caso de Paula, la protagonista de La Bruja, que por dedicar su vida a la concreción de los deseos sólo pudo labrarse un camino hacia una

muerte segura: la muerte del deseo.

Es más; ni en los mitos se nos dice que podemos cumplir “todos” los deseos. Por lo general, los genios nos permiten cumplir solamente “tres”, y nada más. Sólo nosotros, los neuróticos empedernidos, dotados de una fantasía más allá de la fantasía, podemos mentirnos de tal forma, con la bella y absurda idea de que es posible realizar “todos” nuestros deseos y alcanzar así la felicidad soñada.

Para adentrarnos un poco en la personalidad del personaje, iremos enumerando uno a uno los deseos de Paula, tal como el autor los fue describiendo en el texto.

Paula, a través de un acto sobrenatural, lo primero que crea es a la mosca, para no tomar la sopa. Es evidente que esta materialización es propiamente producto del deseo de la niña que Paula lleva dentro de ella. No es ésta una vana afirmación, si recordamos que es el mismo autor quien se encarga de dejarlo en claro cuando dice que está en el ataúd y que se encuentra “por fin liberada de una carga superior sobre a sus pequeños hombros que han conservado siempre algo de la forma de niña”.

Después crea los bombones, una tentación a la que muy pocas mujeres pueden resistirse y que Paula, merced a sus ignotos poderes, puede satisfacer ampliamente, como se dice, *a gusto y piacere*. La glotonería y el gusto por los chocolates es también un placer a los que los niños suelen entregarse muy habitualmente, sin contar, por supuesto, la atracción que tienen las niñas por las muñecas...

Al principio, Paula crea sólo cosas inanimadas: anillos, vestidos, bombones... pero después surge en ella el natural deseo de “dar vida”. ¿Será esto una forma encubierta de realizarse como madre? Todos saben que los niños toman a sus juguetes como si fueran objetos reales, y que se dirigen a ellos como si fueran personas, y Paula, no es la excepción. Con su voluntad de adulto y su extraño poder mental, busca hacer realidad el eterno deseo de su niña interior. Rápidamente echa manos a La Obra y convierte a su muñeca “Nene” en un ser real.

Sin embargo, algo sucede con la infame muñeca que ha cobrado vida pero no ha crecido lo suficiente y se ha quedado con el deforme tamaño de veinte centímetros (toda una “Nene”). Paula ha creado a “una mujer”; Paula se ha creado a sí misma. Pero hay algo que Paula no puede soportar, y verse reflejada en su propia creación (pues a pesar de que se ha convertido en un ser animado, con sólida apariencia de mujer, sigue siendo muy pequeña todavía, muy niña) y al verla como la viva imagen de sí misma -de la niña que aún es y no puede dejar de ser-, se espanta y la asesina. A esta altura su locura es galopante. Si, “galopante”, por aquello de que las brujas viajaban a horcajadas de las cabras y las escobas.

En el fondo, Paula sabe que destruir la propia obra es como matar a un hijo. Por eso lo entierra como una psicópata en el patio del limonero y tras la culpa –la culpa de saberse bruja, y mala, mala madre-, va a la iglesia a rezar, a borrar en el altar del Padre, bajo los pies del Cristo, las huellas de su monstruoso pecado. Ahora su creación y sus poderes son semejantes al del Supremo: no sólo da vida; ¡también la quita!

Paula sabe que los bienes y los lujos materiales surgidos de la nada, tan rápidamente, ya despiertan las miradas indiscretas y los malos comentarios. Sonríe tristemente y dice que está feliz, pero no es cierto. La gente del pueblo comienza a sospechar de una doble vida. Y no se equivoca en pensar así; todos saben que las brujas siempre estuvieron relacionadas con el sexo y la locura, que sus poderes paranormales nacieron del encuentro carnal con el demonio, la magia negra y las fuerzas del mal. El

miedo la amenaza; la corroe por dentro. Ahora tiene “un brillo de fósforo en sus pupilas claras” como si estuviera viéndose cara a cara con su destino, y reverberara en sus ojos la incipiente llama que encenderá el fuego de su hoguera. ¿Qué final podría ser menos descarnado y, al mismo tiempo, más apropiado para una mujer tan extraña como ella? ¿Acabar sus días quemada como una bruja o apedreada como una prostituta? La angustia disfrazada bajo la forma del miedo, vuelve a ahogar en el pecho de Paula su idealizada búsqueda de felicidad.

Tal es así, que el desamparo que le produce la incertidumbre de su futuro, la lleva inexorablemente a refugiarse en el deseo de tener una casa. Podríamos pensar a esto como una preocupación propia de un adulto joven que ha crecido y busca independizarse. Sin embargo, al ver materializado su deseo, Paula cae nuevamente en un negro pozo de insatisfacción. La construcción de su casa, con el mobiliario y los accesorios incluidos, le revelan ante sus ojos la clara y angustiosa realidad de su vida: la soledad. Es por eso que, desde ese momento, irrumpe en ella el próximo deseo como si fuera propiamente la *crónica de una creación anunciada*: un hombre.

Paula comprende que puede tener todos los objetos del mundo que quiera, pero ninguno de ellos podrá brindarle lo que una mujer anhela al crecer y madurar: un hombre que la ame. De allí surge mágicamente Esteban, el hombre inventado que le dará sentido a la ensombrecida existencia de la joven bruja. Si el Padre todopoderoso ha creado “al hombre”, ¿por qué ella, recreando el lugar de la Madre omnipotente, no habría de darle vida a “un hombre”? Al suyo. Y con el expreso destino de adorarla.

Esta creación puede cumplir en la trama psicológica del personaje una doble función: primero, la de crearlo como “hombre” y como “amante” para satisfacer su ardiente deseo de mujer; y segundo, como “hijo”, para satisfacer nuevamente su dulce e insaciable deseo de ser madre.

Consecuentemente, Paula no puede impedir que sus erráticos e inconscientes pensamientos afloren y vean la luz más allá del filtro que pone su conciencia. Cansada de entregarse al rumiante acto de pensar, y concebidos ya todos los deseos personales posibles, habidos y por haber, Paula se hunde imprevistamente en un melancólico y funesto cansancio. Al final y tras recordar la titánica tarea de crear con sus poderes paranormales, cada uno de los objetos que componen su vida actual, un desesperado estado de agotamiento embarga a todo su ser brujeril. El cansancio por pensar y desear, no sólo le hace comprender “la fatiga de Dios”, sino que también la hace colocar en la soberbia posición de compararse con el Creador: “Ella también necesita su séptimo día para ser feliz”, el día que Dios descansó, luego de crear el mundo, los cielos y la tierra.

Paula, después de crear con la mente un mundo placebamente idealizado –que es un reflejo distorsionado de su propio mundo interior–, ve también concluida en un instante toda su maravillosa Obra, y como si comprendiera que su misión en la vida ha terminado al fin, adviene en ella un último deseo: el “deseo de descansar”. Pues bien, sabemos que la imagen de quien pide el “último deseo” es siempre la de aquel que está condenado a morir (¿será porque sabe que el deseo no se le cumplirá y encontrará la muerte *deseando*?) Por eso, como ocurre con cada cosa que descontenta a nuestra bella e inconformista brujita, cuando desea poderosamente “el descanso”, éste se materializa misteriosamente bajo la forma de otro descanso: “El descanso eterno”. Una forma poética de buscar morir y no morir.

Paula encuentra finalmente la felicidad ansiada en la muerte, en la misma muerte que intenta espantar con los poderes de su magia, y como si fuera “la crónica de una muerte deseada”. Deseada y encubierta

bajo la forma de una “sensación de enfermedad”, que una vez materializada, produce en su entorno una nueva muerte: la muerte de todo lo que ella le ha dado vida con su arrogante e imaginaria omnipotencia.

Dotada de una singular condición para el trabajo con la magia y el ocultismo, ha creado Paula -como la Alicia del cuento- un país colmado de sueños y fantasías, del que es ahora reina y cautiva, al mismo tiempo, y en el mismo espacio de su peculiar psiquismo. Tal es así que todo ese voluptuoso mundo de riquezas, lujos y placeres que había modelado con sus propias manos, merced a sus poderes paranormales, solamente para alcanzar la satisfacción de su propio ego, es el mismo mundo irreal que la ha llevado a creer poder alcanzar una felicidad que, ya es en sí misma, inalcanzable.

Fue así que, repentinamente y como por arte de magia –pero una magia que se ha invertido mágicamente y transformado en magia negra-, todo lo que la joven y ambiciosa demiurgo había creado de la nada, *volvió a la nada*.

Los núcleos:

- 1: Análisis del entorno, realizado por la protagonista.
- 2: Invasión de infelicidad.
- 3: Descripción de niñez.
- 4: Deseo de bombones. N° 4 bis: Recuerdo del incidente con la mosca, cuando era niña.
- 5: Rechazo ante la sopa servida.
- 6: Deseo de la mosca en la sopa.
- 7: Aparición de la mosca. (1° creación)
- 8: Miedo a ser descubierta.
- 9: Ocultamiento de poderes.
- 10: Sensación de frustración, por la vida que lleva.
- 11: Decisión de materialización de deseo.
- 12: Deseo de bombones.
- 13: Aparición de bombones. (2° creación)
- 14: Sospecha del pueblo hacia Paula, por sorpresiva exhibición de lujos y confort.
- 15: Remordimiento ante el asesinato de la muñeca creada.
- 16: Complicidad de amigos, ante su misterioso progreso económico.
- 17: Adquisición de terreno, con dinero creado.
- 18: Deseo de construir una casa, para no despertar sospechas.
- 19: Finalización de la construcción de la casa.
- 20: Creación del mobiliario y accesorios para la casa creada. (3° creación)
- 21: Insatisfacción ante la satisfacción de tenerlo todo.
- 22: Deseo de tener un hombre que la ame.
- 23: Creación de hombre: Esteban. (4° creación)
- 24: Hastío de tanto pensar.
- 25: Deseo de descansar.
- 26: Sensación de muerte.
- 27: Muerte.
- 28: Desprecio del pueblo.

29: Concurrencia de los cinco amigos al velatorio, realizado en la casa de Paula.

30: Encuentro de amigos con Esteban.

31: Incomprensión de Esteban ante la nueva situación.

32: Desvanecimiento de toda la Creación de Paula.

HUGO CUCCARESE

Hugo Cuccarese